

GEORGE ELIOT

La historia de amor del señor Gilfil

Traducción de Ricardo Bestué



**Editorial  
Belvedere**

Título original: *Mr Gilfil's Love Story*  
Primera edición: noviembre de 2023

© de la traducción: Ricardo Bestué

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L. U.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 59

28770 Tres Cantos

Madrid

info@editorialbelvedere.com

www.editorialbelvedere.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-949063-5-0

Depósito Legal: M-27858-2023

Impreso en España – *Printed in Spain*

LA HISTORIA DE AMOR DEL SEÑOR GILFIL

Editorial Belvedere

## Índice

Capítulo 1	11
Capítulo 2	29
Capítulo 3	49
Capítulo 4	57
Capítulo 5	73
Capítulo 6	89
Capítulo 7	93
Capítulo 8	101
Capítulo 9	107
Capítulo 10	111
Capítulo 11	117
Capítulo 12	123
Capítulo 13	133
Capítulo 14	141
Capítulo 15	145
Capítulo 16	149
Capítulo 17	153
Capítulo 18	157
Capítulo 19	161
Capítulo 20	177
Capítulo 21	183
Epílogo	187

## CAPÍTULO 1

Cuando murió el anciano señor Gilfil, hace treinta años, hubo un pesar general en Shepperton; y si no se hubiese colocado una tela negra alrededor del púlpito y del atril de lectura, a petición de su sobrino y principal heredero, de seguro que los feligreses habrían donado la suma necesaria de sus propios bolsillos antes que permitir un tributo de respeto insuficiente. Todas las esposas de los granjeros sacaron a relucir sus bombasies negros; y la señora Jennings, en El Embarcadero, suscitó los comentarios más duros al aparecer el primer domingo después del fallecimiento del señor Gilfil con sus cintas de color salmón y su chal verde. Está claro que era una recién llegada que se había educado en una ciudad, así que apenas se podía esperar de ella que tuviera nociones muy claras de lo que era correcto; pero, tal y como la señora Higgins le comentó en voz baja a la señora Parrot al salir de la iglesia, «Su marido, que había nacido en la parroquia, podría habérselo explicado mejor». Una falta de prevención para ir de luto en todas las ocasiones que lo requiriesen, o demasiada presteza para quitárselo indicaba, en opinión de la señora Higgins, una temeraria ligereza de carácter y una falta de sensibilidad poco natural ante la aptitud básica de las cosas.

—Algunas personas no soportan desprenderse del colorido —remarcó—; pero en *mi* familia nunca se ha estilado eso. Por ello, señora Parrot, desde que me casé hasta que murió el señor Higgins, hace nueve años durante la Fiesta de la Candelaria, ¡jamás he ido de luto más de dos años seguidos!

—¡Ah! —dijo la señora Parrot, quien era consciente de su inferioridad a este respecto—, no hay muchas familias que hayan tenido tantas defunciones como la suya, señora Higgins.

La señora Higgins, que era una viuda entrada en años, «con una buena pensión», consideró con autosuficiencia que la observación de la señora Parrot no era más que justa, y que lo más probable era que la señora Jennings perteneciera a una familia que no había tenido ningún funeral del que hablar.

Incluso la desaliñada señora Fripp, quien muy rara vez asistía al servicio religioso, había acudido a la señora Hackit para pedirle un retal de crespón viejo, y con esta señal de duelo clavado en su pequeña gorra con forma de cubo de carbón, fue vista haciendo una reverencia frente al atril. Esta muestra de respeto por parte de la señora Fripp hacia la memoria del señor Gilfil no tenía ninguna connotación teológica. Se debía a un acontecimiento que había tenido lugar unos años atrás, y que, siento tener que decirlo, había dejado a aquella mugrienta anciana tan indiferente a los medios de gracia como nunca. La señora Fripp criaba sanguijuelas, y se creía que poseía una extraordinaria influencia sobre esos tercos animales para inducirlos a morder bajo las circunstancias más desfavorables, y, aunque las suyas fuesen por lo general rechazadas por la sospecha de que habían perdido el apetito, no dejaban de llamarla para aplicar los ejemplares más activos facilitados por el consultorio del doctor Pilgrim cuando, como solía ser el caso, uno de los pacientes de pago de ese astuto hombre sufría una inflamación. Así que la señora Fripp, además de la «posesión» que se suponía le reportaba no menos de media corona a la semana, recibía remuneraciones de experta, cuyo importe bruto sus veci-

nos estimaban con imprecisión en «libras y más libras». Además, dirigía un dinámico negocio de piruletas para pilluelos epicúreos, quienes compraban a lo loco aquel artículo de lujo al doble de su precio real. Aun así, con todas estas conocidas fuentes de ingresos, la descarada anciana no dejaba de aducir falta de medios económicos, por lo que pedía retales a la señora Hackit, quien, aunque siempre decía que la señora Fripp era una farsante, y que no era mejor que un ávaro y un pagano, todavía sentía cierta inclinación hacia ella como vecina antigua.

—Ahí está la vieja e insensible Judy en busca otra vez de las hojas del té —decía la señora Hackit—; y yo soy lo suficientemente tonta como para dárselas, ¡aunque Sally también las necesita para barrer el suelo!

Ésta era la señora Fripp, a quien el señor Gilfil, cuando regresaba a caballo tranquilamente con botas de campaña y espuelas después de cumplir con su deber en Knebley una calurosa tarde de domingo, vio sentada en la acequia seca próxima a su casa, y junto a ella un gran cerdo que, con esa placidez y confianza propias de una magnífica amistad, estaba tumbado con la cabeza apoyada en su regazo sin hacer ningún esfuerzo por ser agradable más allá de un gruñido ocasional.

—Vaya, señora Fripp —dijo el vicario—, no sabía que tuviese un cerdo tan espléndido. ¡Disfrutará de unas lonchas de tocino magníficas por Navidad!

—¡Ay, Dios no lo quiera! Me lo regaló mi hijo hace dos años, y desde entonces me ha hecho compañía. No tendría corazón si me deshiciera de él, aunque no volviera jamás a saborear la grasa del tocino.

—Pues se comerá su propia cabeza, y la suya también. ¿Cómo puede seguir criando un cerdo sin sacar nada de él?

—Oh, él mismo recoge cosas con el hocico, así que no me importa no darle nada. Comemos y bebemos juntos, me sigue a todas partes y cuando le hablo gruñe como si fuera cristiano.

El señor Gilfil rio, y debo admitir que se despidió de la señora Fripp sin preguntarle por qué no había ido a misa, o por no hacer el más mínimo esfuerzo por su edificación espiritual. Pero al día siguiente mandó a su criado David para que le llevara un gran pedazo de tocino, con un mensaje que decía que el pastor deseaba asegurarse de que la señora Fripp volviese a probar el sabor de la grasa del tocino. Así que, cuando el señor Gilfil murió, la señora Fripp manifestó su gratitud y respeto con el aspecto meramente desastrado que he mencionado.

Se podría sospechar que el vicario no brillaba en las funciones más espirituales de su ministerio, y, de hecho, todo lo que se puede decir por él a este respecto es que desempeñó esas funciones con una constante inclinación a la brevedad y la celeridad. Contaba con un montón de sermones escuetos, más bien amarillentos y con los bordes raídos, del que cada domingo cogía dos, consiguiendo una total imparcialidad en la selección al escogerlos al azar, sin hacer referencia a ningún tema; y después de predicar uno de ellos en Shepperton por la mañana, se subía al caballo y cabalgaba apresuradamente en dirección a Knebley con el otro en el bolsillo, donde oficiaba misa en una preciosa iglesia pequeña con un pavimento ajedrezado que años atrás había resonado bajo las pisadas de hierro de monjes militares, conjuntos de escudos de armas en el techo alto, guerreros de mármol junto a sus esposas a las que les faltaba la nariz y que ocupaban gran parte de la nave, y los doce apóstoles, con sus cabezas ladeadas sobremanera que sujetaban cintas didácticas, pintados al fresco en los muros. Allí, propenso como era al despiste, el señor Gilfil a veces se olvidaba de quitarse las espuelas antes de ponerse la sobrepelliz, y solo se daba cuenta del descuido cuando notaba que algo tiraba misteriosamente del faldón de aquella prenda cuando caminaba hacia el atril de lectura. Pero los granjeros de Knebley hubiesen preferido criticar a la luna antes que a su pastor. Formaba parte del curso de la naturaleza, como los mercados, las barreras de peaje y los bille-



tes de banco sucios, y siendo vicario como era, su petición de que lo venerasen nunca había sido contrarrestada por una exasperante demanda sobre sus bolsillos. Algunos, quienes no se entregaban al exceso de un carro cubierto sin muelles, habían comido media hora antes de lo habitual, es decir, a las doce en punto, con el fin de tener tiempo para sus largas caminatas por los caminos enfangados y presentarse puntualmente en sus bancos a las dos en punto, cuando el señor Oldinport y lady Felicia, para quienes la iglesia de Knebley venía a ser un templo familiar, avanzaban entre las inclinaciones y reverencias de sus subordinados hasta un banco de madera tallada y con dosel en el presbiterio, despidiendo al caminar un delicado aroma a rosas indias en las insensibles fosas nasales de la congregación.

Las esposas de los granjeros y sus hijos se sentaban en los bancos de roble oscuro, pero los maridos a menudo optaban por la distintiva solemnidad de una silla de coro bajo uno de los doce apóstoles, en donde, cuando la retahíla de oraciones y réplicas daba paso a la grata monotonía del sermón, al paterfamilias se le podía ver u oír caer en una placentera cabezada de la que se despertaba infaliblemente con el sonido de la doxología final. Y luego regresaban de nuevo por los caminos enfangados, puede que casi en mejor disposición de ánimo por este simple tributo semanal que ellos consideraban que estaba bien y era correcto, como muchas de las congregaciones más vigilantes y críticas de nuestro tiempo.

El señor Gilfil también solía hacer este camino para volver a casa durante los últimos años de su vida, ya que había abandonado la costumbre de cenar en Knebley Abbey los domingos, después de haber tenido, lamento tener que decirlo, una acalorada discusión con el señor Oldinport, primo y predecesor del señor Oldinport que prosperara en tiempos del reverendo Amos Barton. Esta discusión era una verdadera lástima, porque los dos pasaron juntos muchos días de caza cuando eran más jóvenes, y

en aquellos días de amistad no pocos miembros de la partida de caza envidiaban al señor Oldinport por la magnífica relación que mantenía con su vicario; pues, tal y como observó sir Jasper Sitwell: «Junto a la esposa de un hombre, nadie puede ser un azote tan diabólico para uno como un clérigo, siempre bajo tus narices en tu propia propiedad».

Me imagino que la desavenencia originaria que condujo a la ruptura fue insignificante; pero el señor Gilfil tenía una forma de hablar extremadamente cáustica, su sátira tenía un sabor a originalidad del que carecían en gran medida sus sermones; y como la armadura de deliberada virtud del señor Oldinport presentaba algunas notorias y considerables fisuras, lo más probable es que las afiladas réplicas del vicario hicieran un par de incisiones demasiado profundas como para ser perdonadas. Tal era, por lo menos, la visión del asunto expuesta por el señor Hackit, quien sabía tanto del tema como cualquier otra persona. Porque, justo a la semana siguiente de la discusión, cuando presidió la cena anual de la Asociación para la Persecución de Criminales, celebrada en el Oldinport Arms, aportó un entusiasmo adicional a la cordialidad de aquel momento e informó a los asistentes de que «el clérigo había dado al *squire* un lametón con el lado áspero de la lengua». El descubrimiento de la persona, o personas, que habían ahuyentado a la ternera del señor Parrot, difícilmente podría haber sido mejor noticia para los arrendatarios de Shepperton, con quienes el señor Oldinport estaba a malas en su calidad de arrendador, después de haber mantenido sus alquileres a pesar de la caída de precios y de no estar en absoluto escocido por la emulación aparecida en los artículos de los periódicos provinciales, que afirmaban que el honorable Augustus Purwell, el vizconde Blethers, había realizado una devolución del diez por ciento en el último alquiler. El hecho era que el señor Oldinport no tenía la más mínima intención de presentarse al Parlamento, mientras que sí tenía la decidida intención de aumentar su patrimonio no sujeto a vínculos. Así que para

los granjeros de Shepperton era tan bueno como la limonada con su grog saber que el vicario había hecho comentarios sarcásticos contra la caridad del *squire*, mejorando muy poco los de aquel hombre que robó un ganso y donó los menudillos como limosna. Pues Shepperton, como se observará, estaba al nivel de la cultura ática si se la compara con Knebley; contaba con caminos de peaje y una opinión pública, mientras que, en la Knebley de Beocia,<sup>1</sup> tanto la mentalidad de la gente como los carros avanzaban por las rodadas más profundas, y uno se quejaba de su arrendador solo como un mal necesario e inalterable, como el tiempo, los gorgojos y la mosca del nabo.

Por ello, en Shepperton, esta ruptura con el señor Oldinport tendió a acrecentar aquel buen entendimiento que el vicario siempre había disfrutado con los demás feligreses, desde la generación cuyos hijos él había bautizado un cuarto de siglo atrás hasta llegar a aquella esperanzada generación representada por el pequeño Tommy Bond, quien había dejado recientemente los zamarrones y los pantalones por la rigurosa sencillez de un traje ceñido de pana, atenuado por numerosos botones de bronce. Tommy era un muchacho insolente, insensible a toda impronta de reverencia y excesivamente aficionado a las peonzas y a las canicas, con cuyos recursos recreativos tenía la costumbre de agrandar excesivamente los bolsillos de sus pantalones de pana. Un día, mientras hacía girar su peonza en el sendero del jardín, y viendo al vicario avanzar directamente hacia ésta, en el emocionante momento en el que la peonza empezaba a «dormir» sublimemente, gritó con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Quieto! ¡No me tire la peonza!». Desde ese día, «pantaloncitos de pana» se había convertido en el favorito del señor Gilfil, a quien le gustaba provocar su rápido

<sup>1</sup> En la antigua Grecia, Beocia hacía frontera con Atenas (Ática); sus habitantes eran retratados como gente inferior en comparación con sus vecinos atenienses.

menosprecio y asombro haciéndole preguntas que otorgaban a Tommy la más mezquina opinión de su intelecto.

—Bueno, pantaloncitos de pana, ¿han ordeñado hoy a los gansos?

—¡Ordeñar a los gansos! ¡Los gansos no se ordeñan, tonto!

—¿Ah, no? Entonces, ¿cómo viven las crías de los gansos?

El alimento de los gansos trascendía bastante las observaciones de Tommy en materia de historia natural, y fingió entender esta pregunta en un sentido más exclamativo que interrogante, así que se centró en darle cuerda a su peonza.

—¡Ah, ya veo que no sabes cómo viven los gansos! Pero ¿te diste cuenta de cómo ayer llovieron caramelos? —Llegados a este punto, Tommy prestó atención—. Vaya, cayeron en mi bolsillo mientras daba un paseo a caballo. Mira en mi bolsillo y comprueba si no cayeron.

Tommy, sin esperar a discutir el supuesto antecedente, no perdió el tiempo en verificar la presencia del agradable resultado, puesto que tenía la justificada convicción de las ventajas de meter la mano en el bolsillo del vicario. El señor Gilfil lo llamaba su maravilloso bolsillo porque, como le gustaba decir a los «muchachuelos» y «mojigatos» —así es como llamaba a los niños—, cada vez que metía peniques en el bolsillo, éstos se convertían en caramelos, galletas de jengibre o alguna otra cosa deliciosa. En efecto, la pequeña Bessie Parrot, una «mojigata» de pelo muy rubio, muy pálida y regordeta hasta el cuello, siempre tenía la admirable franqueza y sinceridad para saludarlo con la pregunta: «¿Qué hace en su bolsillo?».

Ya te puedes imaginar, pues, que los banquetes de los bautizos aun así eran alegres por la presencia del clérigo. Los granjeros, especialmente, disfrutaban de su compañía, no solo porque él podía fumar en pipa y aderezar los detalles de los asuntos parroquiales con acopio de chistes corrosivos y refranes, sino porque, como solía decir a menudo el señor Bond, ningún hombre sabía más

que el vicario sobre la cría de vacas y caballos. Tenía sus propias tierras de pasto a unos ocho kilómetros, que un administrador, presumiblemente un arrendatario, trabajaba bajo su dirección; y ahora que habían terminado sus días de caza, el esparcimiento principal del viejo caballero era cabalgar de un lado a otro y ocuparse de la compra y de la venta de ganado. Al oírle discutir los correspondientes méritos de la raza Devonshire y de los *shorthorns*, o la última ridícula decisión de los magistrados acerca de un indigente, un observador superficial no podría haber visto una gran diferencia, más allá de su arrogante perspicacia, entre el vicario y sus bucólicos feligreses, dado que tenía la costumbre de imitar su acento y su modo de hablar, sin duda porque pensaba que era una simple frustración de los objetivos del lenguaje hablar de ovejas y borregos a gente que normalmente decía «vejas» y «regos». Sin embargo, los propios granjeros se daban perfecta cuenta de la diferencia entre ellos y el clérigo, y no tenían la más mínima confianza en él ni como caballero ni como clérigo por su discurso fácil y sus modos familiares. La señora Parrot se alisaba el delantal y se enderezaba la cofia con la máxima diligencia posible cuando veía llegar al vicario, le hacía la reverencia más acentuada que podía y cada Navidad tenía un pavo bien cebado para enviárselo con sus respetos. Y en las charlas más chismosas con el señor Gilfil es posible que hayáis observado que tanto los hombres como las mujeres «cuídaban sus palabras», y nunca se volvían indiferentes a su aprobación.

El mismo respeto le acompañaba en sus funciones puramente clericales. Se suponía que los beneficios del bautismo estaban ligados de alguna manera con la personalidad del señor Gilfil; una distinción tan metafísica como la existente entre un hombre y su cargo era, hasta la fecha, tan extraña para la mentalidad de un eclesiástico de Shepperton, que se deleitaba, habría pensado, con la disconformidad a juzgar por las apariencias. La señorita Selina Parrot postergó su boda todo un mes cuando el señor Gilfil tuvo

un ataque de reuma, en lugar de que la casara de manera improvisada el cura Milby.

«Hemos disfrutado de un sermón muy bueno esta mañana», era el comentario habitual después de oír uno del viejo montón amarillento, escuchado con incluso más satisfacción porque era la vigésima vez que le prestaban atención; porque para las mentes del nivel de Shepperton es la reiteración, no la novedad, la que produce un efecto más intenso; y las frases, como las tonadas, llevan bastante tiempo en asentarse en la cabeza.

Los sermones del señor Gilfil, como os podéis imaginar, no tenían un estilo muy doctrinario, y mucho menos polémico. Puede que no buscaran la conciencia con mucho ahínco; puesto que recordaréis que a la señora Patten, que se había pasado treinta años escuchándolos, el anuncio de que ella era una pecadora le pareció un sacrilegio irrespetuoso; pero, por otro lado, no pedían nada irrazonable al intelecto de Shepperton, lo que equivalía, de hecho, a poco más que un desarrollo de la escueta tesis de que los que hacen el mal encontrarán lo peor para ellos, y los que hacen el bien hallarán lo mejor; la naturaleza de la mala conducta expuesta en sermones especiales contra la mentira, las habladurías, la ira, la pereza y temas por el estilo; y la buena conducta interpretada como honestidad, honradez, caridad, diligencia y otras virtudes comunes que afloran en buena medida sobre la superficie de la vida y tienen poco que ver con la profunda doctrina espiritual. La señora Patten comprendió que, si producía quesos mal prensados, le esperaba un castigo justo; aunque me temo que no puso en práctica lo que dijo el sermón sobre las habladurías. La señora Hackit se declaró enormemente instruida por el sermón acerca de la honestidad, cuya alusión al peso injusto y a la balanza engañosa poseía una lucidez peculiar con motivo de una reciente disputa con su tendero; pero no soy consciente de que pareciese estar muy impactada por el sermón sobre la ira.

En cuanto a cualquier sospecha de que el señor Gilfil no difundiera el Evangelio puro, o cualquier restricción sobre su doctrina y su modo de impartirla, tales pensamientos jamás pasaron por la mente de los feligreses de Shepperton, la de aquellos mismos que, diez o quince años más tarde, se mostraron extremadamente críticos con las disertaciones y la conducta del señor Barton. Pero en el ínterin habían probado ese peligroso fruto del árbol del conocimiento, novedad que es bien conocida por abrir los ojos, incluso de manera incómoda. Actualmente, poner reparos al sermón se considera prácticamente como encontrar reparos a la propia religión. Un domingo, el sobrino del señor Hackit, el señorito Tom Stokes, un joven frívolo de una población pequeña, escandalizó sobremanera a sus familiares al afirmar que podía escribir sermones tan buenos como los del señor Gilfil; a raíz de lo cual, el señor Hackit trató de llevar al presuntuoso joven a la confusión más absoluta, y le ofreció un soberano si cumplía con su jactancia. Sin embargo, se escribió el sermón; y aunque se reconoció que no estaba a la altura de los del señor Gilfil, aun así, era tan asombrosamente parecido a un sermón, con un texto, tres secciones y una exhortación final que comenzaba con las palabras: «Y ahora, hermanos míos...», que, aunque el soberano se le negó formalmente, se le concedió de manera informal, y se leyó el sermón cuando el señorito Stokes estaba de espaldas, con «palabras brillantes y poco comunes».

De hecho, el reverendo Pickard, de la Junta Independiente, había abogado, en un sermón dado en Rotheby, por la reducción de una deuda sobre la Nueva Sion, levantada, con exuberancia de fe y carencia de fondos, por miembros escindidos de la original Sion, que vivían en una parroquia donde el vicario era muy «sombrijo», y en las oraciones que dirigía a su propia congregación tenía la costumbre de referirse sin ambages a los feligreses de más allá

de los muros de la capilla como aquellos quienes, «como Galión,<sup>2</sup> no se preocupan por ninguna de estas cosas». Pero no hace falta decir que ningún asistente a la iglesia jamás estuvo al alcance de los oídos del señor Pickard.

La compañía del señor Gilfil no solo era aceptable para los granjeros de Shepperton; era un huésped bienvenido en algunas de las mejores casas de esta parte del país. El anciano sir Jasper Sitwell se alegraba de verlo todas las semanas; y si lo hubieseis visto llevar a lady Sitwell al comedor para cenar o le hubieseis oído hablar con ella con una galantería pintoresca pero gallarda, habríais deducido que la etapa anterior de su vida la había pasado en una sociedad más señorial que la que se podía encontrar en Shepperton, y que su descuidada conversación y sus sencillos modales no eran más que una decoloración provocada por la exposición al clima sobre un hermoso bloque de mármol que permitía que se vieran por todas partes la fineza de las vetas y la delicadeza del color original. Pero en sus últimos años estas visitas se hicieron un poco molestas para el anciano caballero, por lo que, al atardecer, rara vez se le veía más allá de los límites de su propia parroquia, es más, casi siempre estaba junto a la chimenea del salón, fumando su pipa, manteniendo la agradable contraposición de la sequedad y la humedad a base de un esporádico sorbo de ginebra con agua.

Llegados a este punto soy consciente de que he corrido el riesgo de ofender a todas mis refinadas lectoras, y de aniquilar por completo cualquier curiosidad que puedan haber sentido de conocer los detalles de la historia de amor del señor Gilfil. «¡Ginebra con agua!, ¡puaj!, también podríais pedirnos que nos intereseamos por el romance de un fabricante de velas de sebo, quien alterna la imagen de su amada con breves inmersiones y moldes.»

<sup>2</sup> Galión fue un procónsul romano que quiso juzgar la disputa entre Pablo de Tarso y los judíos de Corintio (Hch. 18,12-15).



Pero, en primer lugar, queridas señoras, permítanme aducir que la ginebra con agua, al igual que la obesidad, la alopecia o la gota, no excluye una cantidad enorme de romances pasados, como tampoco los rizos postizos, cuidadosamente ejecutados, que puede que algún día llevéis, acabarán por excluir la tenencia actual de trenzas menos costosas. ¡Ay, ay! Nosotras, las pobres mortales, a menudo somos poco menos que la ceniza de leña, hay pequeños indicios de savia, de frescor arbolado y brotes henchidos que una vez estuvieron allí presentes; pero, dondequiera que veamos ceniza de leña, sabemos que tiene que haber existido toda esa plenitud de vida. Yo, por lo menos, casi nunca miro a un anciano encorvado o a una anciana marchita, pero también veo, con la imaginación, aquel Pasado del que son vestigios encogidos; y el romance inconcluso de mejillas rosadas y ojos brillantes a veces parece tener poco interés e importancia comparado con aquel drama de esperanza y amor que antaño alcanzó su catástrofe, y dejó a la pobre alma como un escenario oscuro y lleno de polvo, con todos sus paisajes de agradables jardines y perspectivas razonables derruidos y apartados de la vista.

En segundo lugar, dejadme que os asegure que las libaciones del señor Gilfil de ginebra con agua eran bastante moderadas. No tenía la nariz rubicunda; al contrario, su pelo canoso caía en torno a un rostro pálido y venerable. Creo que básicamente lo bebía porque era barato; y, llegados a este punto, me encuentro cayendo en la cuenta de otra de las debilidades del vicario, la cual, si hubiese querido pintar un retrato favorecedor más que fidedigno, podría haber optado por eliminar. Es innegable que, a medida que pasaban los años, el señor Gilfil se iba convirtiendo, como bien observó el señor Hackit, en un «tacaño» cada vez mayor, si bien la creciente tendencia se demostraba más en la mezquindad de sus hábitos personales que en la negación de la ayuda a los necesitados. Estaba ahorrando —así es como se presentaba la cuestión a sí mismo— para un sobrino, hijo único de una herma-

na que, prácticamente, había sido el foco de atención predilecto de su vida. «El muchacho —pensaba— dispondrá de una bonita pequeña fortuna con la que empezar a vivir, y algún día traerá a su hermosa y joven esposa al lugar donde reposa su viejo tío. Puede que sea mejor para su hogar que el mío estuviese vacío.»

Entonces, ¿el señor Gilfil era soltero?

Esta es la conclusión a la que probablemente habríais llegado si hubieses entrado en su salón, donde las mesas vacías, las grandes y anticuadas sillas de crin y la deshilachada alfombra turca constantemente fumigada con tabaco parecían contar la historia de una existencia sin esposa que se veía reforzada por no tener ningún retrato, ningún bordado, ningún fragmento de alguna hermosa trivialidad deslucida que recordasen a dedos delgados y a pequeñas ambiciones femeninas. Y era aquí donde el señor Gilfil pasaba sus tardes, rara vez con más compañía que la de Ponto, su viejo *setter* castaño, que, tumbado de cuerpo entero sobre la alfombra con el hocico entre sus patas delanteras, fruncía el ceño y levantaba sus párpados de vez en cuando para intercambiar una mirada de mutuo entendimiento con su dueño. Pero había una habitación en la casa parroquial de Shepperton que contaba una historia distinta a la del sombrío salón de la mesa vacía, una habitación a la que no entraba nadie más que el señor Gilfil y la vieja ama de llaves Martha, quien, con su marido David, el palafrenero y jardinero, constituían todo el personal del vicario. Las persianas siempre estaban bajadas, excepto una vez al trimestre, cuando Martha entraba para airearla y limpiarla. Siempre le pedía la llave al señor Gilfil, que guardaba en su escritorio bajo llave, y se la devolvía cuando había terminado de faenar.

¡Era todo un espectáculo que la luz del día se filtrase en ella cuando Martha subía las persianas, recorría las cortinas y abría la ventana gótica de la ventana salediza! Sobre el pequeño tocador había un elegante espejo con un marco tallado de color dorado; todavía quedaban restos de velas de cera en los brazos de los

candelabros laterales, y sobre uno de éstos colgaba un pequeño pañuelo de encaje negro; en la mesa había un alfilerero con alfileres oxidados, un frasco de perfume y un gran abanico verde; y encima de un neceser que se encontraba junto al espejo había un costurero y dentro de él un gorro de bebé a medio hacer y amarillento por el paso de los años. Dos vestidos pasados de moda colgaban de clavos incrustados en la puerta, y a los pies de la cama había un par de diminutas zapatillas rojas con un bordado plateado algo deslustrado. De la pared colgaban dos o tres acuarelas, panorámicas de Nápoles; y sobre la repisa de la chimenea, por encima de unas raras figuras de porcelana viejas, dos miniaturas en marcos ovalados. Una de estas miniaturas representaba a un joven de unos veintisiete años, de tez rojiza, labios carnosos y ojos cándidos de color gris claro. La otra parecía una chica que probablemente no tenía más de dieciocho años, rasgos menudos, mejillas finas, tez pálida con aspecto de ser del sur y grandes ojos negros. El hombre iba empolvado; la mujer tenía el pelo oscuro recogido, sin tapar la cara, y un gorrito con un lazo de color cereza en la parte superior de su cabeza... Un tocado coqueto, pero los ojos transmitían más tristeza que coquetería.

Éstas eran la clase de cosas a las que Martha quitaba el polvo y aireaba, cuatro veces al año, desde que era una dichosa joven de veinte años; y ahora estaba, en esta última década de la vida del señor Gilfil, indiscutiblemente en el lado malo de los cincuenta. Así era la habitación cerrada de su casa: una especie de símbolo visible del compartimento secreto de su corazón, donde años atrás había girado la llave sobre las primeras esperanzas y tristezas, cerrando para siempre toda la pasión y la poesía de su vida.

No había mucha gente en la parroquia, además de Martha, que tuviese un recuerdo muy nítido de la mujer del señor Gilfil, o incluso que supiese algo de ella, más allá del hecho de que había una placa de mármol, con una inscripción en latín, en su memoria, encima del banco de la vicaría. Los feligreses que tenían edad

suficiente como para recordar su llegada normalmente no estaban dotados de facultades descriptivas, y lo único que podías sacar de ellos era que la señora Gilfil parecía «extranjera, con esos ojos, que no os imagináis, y una voz como si te atravesara cuando cantaba en la iglesia». La única excepción era la señora Patten, cuya gran memoria y gusto por la narrativa personal la convertían en una gran fuente de tradición oral en Shepperton. El señor Hackit, que no había acudido a la parroquia hasta diez años después del fallecimiento de la señora Gilfil, a menudo planteaba viejas preguntas a la señora Patten solo para obtener viejas respuestas, las cuales le complacían de la misma manera que pasajes de su libro favorito o algunas escenas de una conocida obra de teatro resultan más atractivas a la gente más experta.

—Ah, ¿se acuerda del domingo en el que la señora Gilfil vino por primera vez a la iglesia, señora Patten?

—Pues claro. Era un espléndido y radiante domingo como jamás se había visto, justo al empezar la cosecha de heno. El señor Tarbett ofició la misa aquel día, y el señor Gilfil se sentó en su banco de la iglesia con su esposa. Me parece estar viéndolo ahora, llevándola por el pasillo, su cabeza apenas le llegaba al hombro: una mujer un poco pálida, con los ojos oscuros como endrinas, y con todo parecían inexpresivos, como si no viese nada con ellos.

—¿Seguro que llevaba puesto su vestido de novia? —preguntó el señor Hackit.

—Nada particularmente elegante, nada más que un sombrero blanco atado bajo su barbilla y un vestido blanco de muselina de la India. Pero usted no sabe cómo era el señor Gilfil en esa época. Ya estaba muy cambiado cuando usted vino a la parroquia. Entonces presentaba un aspecto lozano y en sus ojos tenía una mirada que brillaba, como a tu corazón le gustaba ver. Parecía raro y feliz aquel domingo; pero, en cierto modo, tenía el presentimiento de que no iba a durar mucho. No tengo muy buen concepto de los extranjeros, señor Hackit, puesto que en mi época viajé fuera

del país con mi señora y vi lo suficiente acerca de lo que comen y de las desagradables costumbres que tienen.

—La señora Gilfil era italiana, ¿no?

—Creo que sí, pero nunca lo supe bien del todo. El señor Gilfil nunca habló de ello, y nadie más por aquí sabía nada. Sin embargo, debió de haber venido de muy joven porque hablaba inglés tan bien como usted o como yo. Los italianos tienen una voz muy hermosa, y la señora Gilfil cantaba de una forma que jamás había oído algo parecido. Una tarde la trajo aquí para tomar el té conmigo, y dijo con su tono jovial: «Bueno, señora Patten, quiero que la señora Gilfil vea la casa más pulcra y beba la mejor taza de té de todo Shepperton; tiene que mostrarle su lechería y la cámara de los quesos, y luego que cante una canción». Y así fue; a veces parecía que su voz llenaba toda la habitación; y luego se volvía dulce y suave, como si estuviese susurrando cerca de tu corazón.

—Y nunca más la volvió a escuchar, ¿no es así?

—No; por entonces estaba enferma y murió pocos meses después. En total no llegó a estar ni medio año en la parroquia. Aquella tarde no parecía muy animada, y vi que no le interesaba la lechería ni los quesos, lo único que pretendía era complacerlo. En cuanto a él, nunca había visto a un hombre tan dedicado a una mujer. La miraba como si la adorase y quisiera levantarla del suelo a cada minuto para ahorrarle la molestia de caminar. ¡Pobre hombre! ¡Pobre hombre! Cuando ella murió era como si lo hubieran matado a él, aunque nunca se vino abajo, sino que siguió paseando a caballo y predicando. Pero se hundió hasta convertirse en una sombra, y muchas veces sus ojos parecían no tener vida... , no los habrías reconocido.

—¿No le dejó nada?

—No. Las propiedades del señor Gilfil vienen por parte de su madre; linaje y dinero. Es muy de lamentar que se haya casado así, un buen hombre como él, guapo, que podría haber escogido a

cualquier muchacha del condado, y disfrutar ahora de nietos a su alrededor. Con lo que le gustan los niños.

Así es como solía terminar la señora Patten sus recuerdos de la esposa del vicario, de quien, como se ve, sabía bien poco. Estaba claro que la comunicativa anciana no tenía nada que contar de la historia previa a la llegada de la señora Gilfil a Shepperton, y que estaba poco familiarizada con la historia de amor del señor Gilfil.

Pero yo, querido lector, soy tan comunicativo como la señora Patten, y estoy mucho mejor informado; así que, si deseas saber más sobre el idilio y la boda del vicario, solo necesitas llevar tu imaginación a finales del siglo pasado, y tu atención hacia el siguiente capítulo.